

neros de la nueva leva: satisfícele á todo con la mayor puntualidad, y enseñándome la misma naturaleza á ser adulador, le traté algunas veces de *Excelexia*, título que habia oído á mi padrastro, quando se divertía en la Quinta, repitiendo alguna de aquellas declamaciones ó alegatos, que habia recitado á presencia del Magistrado. Persuádome á que no le desagradó aquel tratamiento, pero creo que mucho mas se pagó de la sinceridad con que le hice una fiel relacion de todos mis sucesos. Mostró que se compadecia de mi suerte, y me dixo, que me queria hacer un grande hombre. A buena cuenta dispuso luego que aprendiese á leer y escribir, de que tenia algunos principios desde antes que mi madre tomase segundo marido, y en fuerza de mi buena disposicion, aprendí uno y otro con bastante facilidad. Llegamos á Barcelona sin ninguno de aquellos molestos y peligrosos accidentes, que suelen encontrar en el mar los navegantes; y luego me envió mi Amo á una escuela, donde concurrían muchísimos muchachos de mi edad. Contaba á la sazón solo trece años, y siendo mi espíritu muy superior á lo que estos prometían, en breve tiempo me adelanté á todos mis condiscipulos. El Capitan hizo otro viage á Italia, y quando volvió, tuvo el gusto de verme muy adelantado en los estudios.

Encendióse por aquellos días la prolixa y terrible guerra sobre la sucesion de la Monarquía Española, y mi Amo tuvo orden de unirse con una

una Esquadra de navios de guerra, destinada á pasar á la América, para escoltar hasta Cádiz la flota de los Galeones. Era ésta una expedicion igualmente larga que peligrosa, y así mi Amo, por el gran amor que me tenia, estuvo muy dudoso si me llevaria consigo, ó me dexaria en Barcelona, pareciéndole igualmente arriesgado para mí qualquiera de los dos partidos. Finalmente se resolvió á que me embarcase en la Armada para hacerme ver mundo. Partimos de Cádiz el año de 1703, y quando llegamos á las islas afortunadas, nuestro navio se separó de la Esquadra, y anduvimos largo tiempo por el Occéano antes de poder tomar puerto. Se sabía que los Ingleses y Olandeses venian en busca de la Esquadra Española, por lo que se caminaba siempre con el mas vigilante cuidado y recelosa prevencion. Era mi Amo tan práctico en la Náutica, que sabía mejor la brújula y la carta de marear, que yo las reglas de la Gramática. Esto nos salvó, pues fue causa de que arribásemos felizmente á Vera-Cruz, quando todos nos juzgaban perdidos á violencia de las borrascas, ó á lo menos que hubiésemos caído en manos de los enemigos. Los Galeones habian ya partido, y nos fue preciso esperar otro año para incorporarnos con la nueva flota que habia de salir para España. En este medio tiempo hizo un viage á México mi Amo, y yo le acompañé gustoso, por el gran deseo que tenia de ver la antigua Corte del famoso Motezuma. No me detendré en hacer á

ustedes una descripción de aquel país, pues ya los considero bastantemente informados de él, por la discretísima historia del célebre Hernán Cortés; solo diré, que en los cuatro meses que nos detuvimos en México, me sucedió la mas extravagante aventura que se puede imaginar. Contaba yo á la sazón diez y seis años, mi estatura pasaba de lo regular, y puedo decir sin vanidad, que no era mal parecido. En la navegación me habia perfeccionado en los estudios, porque mi Amo se empeñó en enseñarme todo lo que sabia.

Estábamos alojados en casa de un mercader de Madrid, que se habia establecido en México, y poseía algunos plantíos hácia el Canadá, á no poca distancia de la Metrópoli. Es el Canadá un país, donde en un cierto espacio de sus confines se encuentran muchos Indios, que viven independientes de los Europeos, los cuales nunca los han podido sujetar, ni reducir á su devoción. El mercader que nos alojaba, queria ir á dar una vuelta por aquel parage para visitar su hacienda, y yo, movido de mi curiosidad, importuné tanto á mi Amo, que al fin me dió licencia para que fuese acompañando á nuestro patron en aquella su visita. Llegamos á sus haciendas, y yo comencé á divertirme en la caza de volateria, de que hay grande abundancia en aquel país. Habíame advertido el mercader repetidas veces, que no me alejase mucho de la casa, porque varias cuadrillas de Indios

dios hacian de quando en quando algunas correrías por el país, con el fin de coger al que podian, y que despues le maltrataban. Hice poco caso de aquel aviso, y no dexé de traspasar muchas veces los límites que se me habian señalado. Salia inconsideradamente de ellos, siguiendo con sobrada indiscrecion el vuelo de las aves, las cuales se juntaban en mayor número en aquellos sitios solitarios, donde era menor la frecuencia de los hombres. Un dia me interné demasiado en cierto valle, que dividia dos elevadísimos montes, corriendo por medio de él un rio bastantemente respetable. Disparé algunos tiros, cuyo estruendo resonó en los peñascos y cabernas de aquellas cercanías, y repitiéndole muchas veces el eco en las caberosas peñas de uno y otro monte, me tenia sumamente divertido. Pero esto fue puntualmente lo que hizo salir á los Indios de sus cuebas. Vine rodeado de repente de un peloton numeroso de aquellos bárbaros, sin darme ya tiempo para retirarme. Quedé atónito y sin aliento, quando me hallé casi sobre mí con toda aquella gente, y mas viéndolos casi enteramente desnudos, armados de flechas las manos, sin poder discurrir de qué materia eran. Espantéme de manera, que enteramente me olvidé de que tenia en la mano mi escopeta, con la qual, si la hubiera disparado, habria quizá hecho mas proezas que Orlando, entre aquella gente tímida y cobarde. Rodeáronme, pues, y yo me dexé pren-

prender, sin hacer la mas mínima resistencia, y ellos comenzaron á dar unos descompasados gritos, que á mi modo de entender eran demostraciones de alegría, por la valerosa hazaña que acababan de executar.

Uno de ellos, que por el respeto con que los demás lo trataban, me pareció podia ser su Gefe, ó Capitan, tomó en la mano mi arcabúz, y comenzó muy atentamente á mirarle y remirarle. Mientras le estaba manoseando con intrepidez y sin conocimiento, se disparó al ayre el arcabúz, y espantados aquellos valentones, llenos de terror cayeron todos en tierra. Hubiera yo aprovechado aquella ocasion para escaparme de sus manos, á no haberme ellos atado fuertemente á un arbol luego que me cogieron. Quando volvieron en si de su pavor, no se atrevian á tocar el fusil, haciendo tales gestos de admiracion y de miedo, que me hubieran hecho reir, á no verme en su poder. Volvian y revolvian por todas partes la escopeta, para ver por donde la podian tomar, sin que les hiciese daño. Finalmente, uno que presumia de mas valeroso que los otros, la cogió por la culata, y se la echó á la espalda con grandísima arrogancia, quedando ufano y contentísimo por tan glorioso suceso. Entonces me desataron del arbol aquellos bárbaros, y me llevaron medio arrastrando hácia un altísimo monte, cuya eminencia parecia inaccesible. Llegamos en fin á ella, despues de haber caminado al-

gu-

gunas horas, y observé en aquella cima un mediano espacio de llanura, cubierto de una fresquísima yerba, y poblado de frondosos árboles, distribuidos por la naturaleza mas que por el arte en figura de un perfectísimo círculo. Este sitio, que podia parecer un vistoso teatro fabricado aposta para representar una accion cómica, era justamente el que habian destinado los Indios para la representacion de mi tragedia. Al estruendo de rústicos y disonantes instrumentos concurren las mugeres del contorno, y en menos de un quarto de hora se cubrió de mirones la funesta escena de aquel sitio fatal. Atáronme con algunos mimbres á un grueso madero, que habian plantado en medio de la llanura, el qual observé manchado todo de sangre, indicio claro de haber servido á otras crueles carnicerías. Comenzaron los Indios á dar vueltas al rededor de mí, cantando no sé qué lúgubres canciones, que yo no podia entender. Acercóse á mí uno, que parecia ser su Sacerdote, el qual, con grande admiracion mia, hablaba perfectamente la lengua Española. Hijo del Sol, me dixo, es preciso que aplaques con tu vida la sombra de nuestros antecesores. Una notificacion tan terrible nada añadió al terror, de que ya estaba poseído, preocupada mi imaginacion con la cruel idea del horrible sacrificio, que se me estaba preparando. ¿Qué edad tienes? prosiguió preguntándome aquel hombre. A lo que nada le respondí; pero él insistió en

TOMO V.

G

re-

repetirme la misma pregunta , como si fuese cosa de gran importancia la noticia de mi edad. Importunado de sus preguntas , casi se me escapó de la boca la siguiente respuesta : Señor, diez y seis años cumplidos há , que salí del vientre de mi madre en el Reyno de Sicilia , y pluguiese á Dios , que nunca hubiera salido de él , ó á lo menos de mi Patria. Mostróse altamente sorprendido el Sacerdote , al oír lo que le dixe , y retirándose á un lado de la llanura , estuvo un rato hablando en secreto con los principales del concurso. Observaba yo con la mayor atencion todos sus gestos y movimientos , esperando con indecible sobresalto que de momento en momento acabasen conmigo , y me librasen de aquel suplicio. Pero volviendo poco despues á mí el mencionado Sacerdote : Mozo dichoso y feliz , me dixo , ya no eres tú la víctima que nos estaba pidiendo nuestra Religion. No se aplacan con sangre Siciliana las sombras de nuestros mayores : la sangre que piden sus holocáustos es otra : tú podrás gozar alegremente en nuestra compañía una vida que infaliblemente hubieras perdido , si tuvieras la desgracia de ser de otra Nacion ; yo te enseñaré las leyes en que vivimos , las que deberás observar rigurosamente de la misma manera que nosotros las observamos. Dicho esto me pusieron en libertad , y en el mismo punto ví , que todos los Indios é Indias venian á mí corriendo , baylando y saltando con extravagantísimos gestos

tos , y movimientos de alegría , para darme mil parabienes , y complacerse conmigo. Figúrense ustedes , qué gozo seria el mio , quando en un instante me ví pasar de la muerte á la vida. Inmediatamente que me recobré , y pude articular algunas voces , me arrojé á los pies del Sacerdote , y le dixe : Señor , disponed de mí como mejor os pareciere. Pronunciadas estas palabras con una voz lánguida y penetrante , hicieron grande impresion en aquel Indio , y cobrandome amor desde el mismo punto , me dixo que le siguiese por un denso y umbroso bosque , en medio del qual habia una rústica cabaña , capaz de alojarse en ella una mediana familia. Hízome entrar en un pequeño , y simplicísimo camarote , sin más adorno que unas ridiculas pinturas , que me dixo ser imágenes de sus Dioses. A estas (añadió) has de hacer voto de ser fiel , luego que te hayas instruido en los dogmas de nuestra Religion ; y con efecto me los comenzó á enseñar desde el dia siguiente , y salva la impiedad del rito , no encontré en su Catecismo más que cosas singulares por estafalarias , y ridículas. No me detengo en haceros de ellas un resumen , porque , sobre no ser necesario , me desviaría mucho de mi intento. Mientras tanto me picaba grandemente la curiosidad de saber , cómo aquel Sacerdote Canadiense habia podido aprender con perfeccion la lengua Española , y un dia me atreví á preguntárselo. Sábeta , me respondió , que por muchos años fui esclavo de un

Caballero Aragonés, que me hizo prisionero en cierto encuentro que tuvimos con los Españoles casi en el mismo sitio donde te encontramos, y prendimos. Llevóme á su Patria consigo, y habiéndome experimentado fiel, docil y apacible, mandó que se me diese buen trato. Con este motivo aprendí aquella lengua, y habiendo vuelto á la América en compañía del mismo Amo, el deseo natural de volver á ver mi Patria, y el amor de mis parientes me movió á escaparme, y restituirme á mi País. Desde entonces me consideraron mis paysanos como hombre particular, y me elevaron al sublime grado de Sacerdote, sirviéndolos al mismo tiempo de intérprete en las frecuentes ocasiones que ocurren sacrificios. Tú debes dar gracias á nuestros Dioses, de que yo hubiese aprendido el Español, puesto que debes la vida á esta feliz casualidad; por lo demás, si no se hubiera sabido tu verdadera Patria, infaliblemente hubieras sido inocente víctima de un sacrificio, para el qual á ninguno se perdona. Esto me dixo el Indio, y yo viendome ya donde no tenia que temer á mi Padrastro, insensiblemente me iba olvidando de la Sicilia, y aun de mi querida madre. No veía cosa que me disgustase en el trato de aquellas gentes, y poco á poco iba aprendiendo su lengua. No me disonaban sus ceremonias, y sin duda me hubiera hecho un perfecto Idólatra, si la Divina Providencia no me hubiera abierto camino para detestar de todo corazon un culto tan abominable.

CA-

CAPITULO VI.

Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á donde los conduxo su fortuna.

Habia en la familia del Sacerdote un mozo, que parecia de mi edad, de quien él hacia particular estimacion. Nunca le dexaba hablar conmigo, y le tenia siempre cerrado con suma vigilancia. Andaba vestido como yo, á diferencia de todos los demás, que iban casi enteramente desnudos. En su bella disposicion habia un cierto no sé qué, que le hacia muy amable: sus ojos vivos y brillantes verdaderamente me encantaban, quando alguna vez se encontraban con los míos. Tenia yo grandísimos deseos de saber quien era, no dudando, que habria sido muy semejante á la mia su desgraciada suerte. Habíanse pasado muchos meses despues de mi habitacion entre los Indios, y aunque desde los principios fui inducido por el Sacerdote á declararme Catecúmeno de su Religion, todavia no me consideraba suficientemente instruido para abrazarla. Quería él que esta ceremonia se celebrase con la mayor so-

lem-